

José Luis Corral

El amor
y la muerte



La tragedia de Eloísa y Abelardo

En 1142, a los sesenta y tres años, moría el filósofo Pedro Abelardo, el «León de París»; veintiún años más tarde lo hacía Eloísa, su amante y esposa. Fueron enterrados juntos en un monasterio de Champaña; desde 1817 sus cuerpos continúan unidos en la misma tumba de un cementerio de París.

Eloísa y Abelardo protagonizaron la historia de amor más dramática y convulsa de todos los tiempos. Se amaron intensamente y como nunca se había conocido hasta entonces. La castración de Abelardo, instigada por un tío de Eloísa, acabó con su pasión carnal, mas no con su amor. Amantes y enamorados en una época en la que el amor constituía una categoría ajena a la voluntad de los seres humanos, su relación pasional ha trascendido a su propia tragedia personal.

José Luis Corral, considerado el maestro de la novela histórica española, recrea la tragedia humana de estos dos extraordinarios personajes, que ofrecieron al mundo una nueva forma de amar, en una novela inmersa en la historia, la cultura y la filosofía de la plena Edad Media, una época esplendorosa en la que tienen su origen las primeras universidades europeas y en la que, por una vez, el amor triunfó en una Europa que estaba saliendo de las tinieblas de la Alta Edad Media para entrar en el período brillante y luminoso del gótico.

NOTA PREVIA

Esta novela relata hechos reales acontecidos en el siglo XII.

A excepción del anónimo narrador, todos los personajes que aparecen aquí son absolutamente históricos, así como los lugares y las ciudades donde se desarrollan los acontecimientos.

Los desdichados amores de Eloísa y Abelardo constituyen la historia de amor más trágica de toda la Edad Media y uno de los más dolorosos dramas personales de la historia de la humanidad.

INTROITO

Yo fui discípulo de Abelardo.

Mi nombre no importa; no dejaría de ser uno más entre los numerosos cronistas que en este tiempo de bonanza narran las venturosas hazañas de los ancestros o los hechos gloriosos de nuestros contemporáneos, en esta época prodigiosa en la que todo florece como en la más fecunda de las primaveras.

Escribo este sentido relato a finales del año del Señor de 1164, algunos meses después de que el obispo Mauricio de Sully haya colocado la primera piedra de la que en unos pocos años se erigirá como la catedral más asombrosa de toda la cristiandad. Lo hago a orillas del Sena, en París, la ciudad que brilla en todo el orbe por la eminencia de sus escuelas de filosofía, por la abundancia de sus copiosos mercados y por el progreso de sus nuevos barrios. Algunos ya la consideran como la Nueva Atenas, y en verdad que así lo parece, pues los numerosos templos, los opulentos palacios y las notabilísimas puertas podrían rivalizar en igualdad con las maravillas arquitectónicas de la capital de los antiguos griegos, de las que, quienes las han visto, aseguran que, pese a su estado de deterioro y abandono por el paso de los siglos y la desidia de los hombres, todavía revelan un dorado pasado de grandeza y de gloria en sus vetustas ruinas.

Es éste un tiempo luminoso. Las ciudades crecen año a año, los campos rebosan de frutos gracias a las excelentes cosechas y las mercancías abundan de tal modo que en los abastecidos mercados de París se pueden encontrar a buen precio variados productos de todo el mundo conocido. Las escuelas están colmadas de ávidos escolares y fecundos maestros, y hasta aquí acuden alumnos de toda la cristianidad para escuchar las lecciones de los más relevantes profesores. Entre todos ellos, Abelardo fue el más eminente.

Hace ya veintidós años que el Maestro, así lo seguimos llamando quienes guardamos su memoria en nuestro recuerdo, no está entre nosotros. Su muerte dejó un angustioso vacío que nadie ha podido llenar. Entre quienes lo conocimos, todavía resuena el susurrante eco de sus sabias palabras, de su verbo encendido y de su dialéctica insuperable; sus enseñanzas eternas han quedado escritas en sus obras, tan perseguidas durante su vida como veneradas y estudiadas ahora.

Abelardo fue, para cuantos lo frecuentamos y admiramos, como un dios de sabiduría. Su porte magnífico, su pasión en la defensa de sus ideas, su discurso embriagador, sus argumentos contundentes y razonados, su elocuencia insuperable y su inimitable capacidad para convertir la retórica en un arte sublime nos sedujeron de tal modo a todos los que fuimos sus alumnos que, muchos de ellos, ya profesores en Melun, Bourges o París, seguimos fascinados por su recuerdo, convencidos de que con él se fue el espíritu más brillante y la mente más preclara de este siglo, el hombre más clarividente desde los tiempos antiguos.

En cierto modo, yo me he convertido en su albacea. Cuando presintió que su vida estaba amenazada, requirió de mi presencia; y acudí presto a su llamada. Cualquier conversación con el Maestro constituía para mí una maravillosa catarata de vida. Frisaba los cincuenta y tres años de edad y parecía cansado y triste debido a las penalidades y tormentos que había soportado, pero mantenía un aspecto

distinguido y su mente era tan lúcida como cuando, en la plenitud de su vida, asombraba al mundo en cada una de sus estupendas clases.

Nos reunimos en el apartado monasterio de San Gildas, en la costa sur de la rocosa Bretaña, del cual él era abad. Yo había acudido a su llamada porque también necesitaba de su ayuda y consejo, pues me habían encargado la redacción de unos estatutos en los que se asentaría la fundación de un Estudio General de Artes en París. Me recibió en aquel desastrado cenobio vestido con su hábito monacal, sencillo y austero, aunque en su figura formidable parecía un atuendo digno de un emperador. Me cogió las manos y me miró a los ojos. Me dijo que yo había sido el mejor de sus alumnos, lo que me estremeció el corazón y me llenó de orgullo el alma, y fue entonces cuando me confesó que iba a escribir la memoria de sus desdichas.

—La llamaré *Historia de las calamidades* —me reveló—, y en ella relataré los caprichosos avatares de mi trágica vida. Con ello, quiero dejar constancia de que son los ejemplos, más que las palabras, el verdadero desencadenante de las pasiones humanas.

Intenté consolarlo aduciendo que mi existencia tampoco había transcurrido precisamente por un camino alfombrado de rosas. Él apoyó su mano, todavía poderosa y firme, en mi hombro y me miró fijamente a los ojos. Fue entonces cuando pude contemplar en los suyos la amargura de un ser ya desafecto a la vida y a las cosas de este mundo, orillado y rendido, vencido en aquel penoso exilio por hombres mucho peores que él, mediocres irrelevantes que no hubieran sido dignos de atarle los cordones de las sandalias si en este lado del universo imperara la justicia y reinara la razón.

Me comunicó que había decidido que yo sería el destinatario y el guardián de aquella historia y que en ella contaría todas sus desgracias. No lloró, nunca lo hizo, pero sus ojos estaban acuosos y sombríos.

—Maestro —me atreví a preguntarle—, ¿necesitáis alguna cosa que yo pueda proporcionaros?

No me contestó a esa pregunta. Se limitó a cogerme las manos de nuevo y a comentar que la primavera estaba siendo cálida y deliciosa; habló del delicado perfume de los narcisos y del aroma exquisito de las camelias, de la suave brisa marina y del rumor de las olas en la orilla del océano, de la dulzura del agua del pozo y de la placidez de las noches de luna, y acabó asegurando que algún tiempo después yo recibiría el manuscrito con su autobiografía.

En aquella ocasión no comentó nada sobre Eloísa, su amante, su esposa, la causa de toda su felicidad pero también de toda su desdicha; su taciturna mirada delataba el amargo tormento del hombre abatido que había renunciado al amor y que sabía que nunca podría recuperarlo.

Se despidió de mí con un sencillo «Dios te guarde y te guíe»; me abrazó, me besó en las mejillas, dio media vuelta, colocó ambas manos enlazadas a su espalda y se marchó caminando despacio hasta que desapareció tras la esquina del claustro.

Tal cual me había anunciado en aquel monasterio, algún tiempo después recibí en mi casa de París un pequeño códice de hojas de pergamino; se trataba de un libro encuadernado con unas sencillas tapas de piel bermeja, con las hojas cosidas al margen con hilo de cáñamo. En la primera página se leía el título de la obra: *Historia calamitatum. Petri Abelardi ad amicum suum consolatio epistula; es decir, Historia de mis calamidades. Carta de consuelo de Pedro Abelardo para un amigo suyo. Ese amigo anónimo era yo.*

El que mi maestro me calificara de manera tan entrañable me satisfizo, mas mi efímera alegría devino enseguida en amarga tristeza y aun en dolorosa pena cuando acabé de leer el manuscrito. Durante casi treinta años lo he guardado con celo en el cajón de mi escritorio, y durante todo ese tiempo he estado tentado de mostrarlo en alguna de mis clases en la escuela de la catedral de Nuestra Señora

de París y de leerlo a mis alumnos. Pero nunca he llegado a hacerlo, ni creo que lo haga jamás.

No obstante, he decidido dictar estas memorias en este mismo año porque hace unos meses ha muerto Eloísa, la esposa de Abelardo, la única mujer que él amó, y me he sentido en la obligación de dejar constancia escrita de cuanto presencié como testigo, porque sé que también lo harán sus detractores para con ello tergiversar su vida y su obra.

Los amores de Eloísa y Abelardo acabaron de manera trágica y su historia conmocionó al mundo. Hoy, ese mismo mundo asiste atónito al amor encendido de dos figuras no menos formidables, unidas por una pasión que ha escandalizado a la cristiandad y ha alterado el decurso de la historia.

Me refiero a Enrique II Plantagenet, rey de Inglaterra y duque de Normandía, el hombre más poderoso de esta centuria, y a Leonor, reina de Inglaterra, duquesa de Normandía y duquesa de Aquitania, la mujer más hermosa y excelsa del siglo. Ambos forman una pareja extraordinaria, poderosa, magnífica, rutilante... Su formidable corte constituye la imagen real de aquella otra legendaria que el rey Arturo de Bretaña y su esposa Ginebra labraron en el brillante reino de Camelot y en la isla mágica de Ávalon, lugares fabulosos que ahora cantan en célebres poemas los más afamados trovadores y relatan en narraciones prodigiosas los más finos cronistas.

En cierto modo, si no hubiera existido el amor de Abelardo y Eloísa, el de Enrique y Leonor no hubiera sido igual, porque nunca se conoció ese tipo de amor hasta que ellos lo crearon. Es verdad que los anales antiguos relatan la pasión amorosa de Alejandro y Rosana, de Marco Antonio y Cleopatra o de Guillermo y Matilde, pero aquéllos eran amores anclados en la épica magia de la epopeya y éstos fueron tan reales como los protagonistas que los encarnaron.

Eloísa y Abelardo idearon una nueva forma de amar, un amor a la vez carnal y espiritual, apasionado y sereno, soñado y vivido, y ambos lo llevaron consigo hasta la muerte, y más allá de ella, porque el suyo era un amor eterno, profundo y total, como jamás nadie hasta entonces había siquiera imaginado.

Por eso he querido narrar la historia de ese amor, tal cual yo la he sufrido, tal cual mis contemporáneos la han conocido, tal cual Eloísa y Abelardo la vivieron.

Porque una historia como ésta no puede caer en el olvido.

PARTE PRIMERA

EL APRENDIZAJE

CAPÍTULO I

Transcurrían tiempos dichosos de valerosos caballeros y delicadas damas, de exquisitos poemas y fabulosas espadas, de prodigiosas conquistas e inmensos horizontes. La cristiandad bullía de emociones y esperanzas tras haber superado una época oscura y brumosa.

El duque Guillermo de Normandía, el hijo de Roberto el Magnífico, quien había muerto de regreso de una peregrinación a Tierra Santa, había conquistado Inglaterra en el año del cometa, cuyo avistamiento en el firmamento nocturno fue considerado como una clarividente señal del cielo para ganar ese reino.

Guillermo, conocido como el Bastardo, zarpó al frente de su escuadra del estuario del Vire en el mes de septiembre del año de Nuestro Señor de 1066. El cometa brillaba en las noches oscuras más que cualquiera de las estrellas fijas y trazaba en el cielo el camino hacia Inglaterra. La nave ducal, de nombre *Mora*, encabezaba la flota normanda, con la proa coronada por un leopardo, el emblema de los duques de Normandía, y su tajamar rompiendo las olas del océano. Tras derrotar al usurpador Haroldo en la batalla de Hastings, Guillermo se coronó como nuevo monarca inglés. Duque de Normandía y rey de Inglaterra a un tiempo, el Bastardo se había convertido en el monarca más poderoso de su tiempo y todos pasaron a denominarlo el Conquistador.

En Francia, un pequeño reino entonces, poco más que un par de condados entre París y Orleáns, reinaba Felipe I, descendiente directo de Hugo Capeto, el soberano que restableció con su linaje el trono fundado por Meroveo y magnificado por Carlomagno. El rey de Francia era señor natural de los duques y condes de Normandía, de Aquitania, de Borgoña, de Champaña y de Flandes, pero cada uno de sus vasallos era por sí mismo más rico y poderoso que el monarca francés, que mantenía una especie de ficción de dominio consentido por todos esos nobles, para los que el rey Capeto no dejaba de ser uno más entre iguales.

Abelardo nació en la aldea de Le Pallet, cercana a la ciudad de Nantes, donde el gran río Loira desemboca en el mar de los gascones; corría el año del Señor de 1079. Esta aldea fortificada, llamada *Palatium* en latín, defiende la frontera sur de Bretaña. La guardaba Berenguer, el padre de Abelardo, un hombre rico y culto, caballero y vasallo de Iboel IV, duque de Bretaña, al cual prestaba servicio militar y servidumbre.

Fue bautizado con el nombre de Pedro en la parroquia de su aldea natal; como primogénito de un soldado, estaba destinado a suceder a su padre en el oficio de las armas y a convertirse algún día en el señor de Le Pallet y en noble caballero al servicio de los duques de Bretaña.

Pero con apenas siete años, Pedro se aficionó al estudio de las primeras letras y, al contrario que a la inmensa mayoría de los muchachitos de su condición, pronto le atrajeron más los libros que las espadas. Su padre fue consciente de ello y no dudó en proporcionar al joven muchacho los mejores maestros que pudo encontrar en aquella región. Pese a su oficio de soldado, Berenguer era un hombre ilustrado que sabía leer y escribir e incluso era capaz de llevar personalmente las cuentas de su feudo. Por ello, no sólo no impidió el gusto de su primogénito por la lectura sino que lo animó a que mejorara su formación. Berenguer tuvo varios

hijos más; por tanto, la herencia familiar y la continuidad del linaje, verdadera obsesión de los aristócratas de estos tiempos, quedaban aseguradas, de modo que no objetó el menor impedimento cuando, a los doce años de edad, Pedro le confesó que, pese a haber recibido instrucción en el manejo de las armas y en la doma de los caballos, como es preceptivo para cualquiera que se encuentre en disposición de heredar un feudo militar, pretendía renunciar a sus derechos como primogénito en pro de sus hermanos menores y dedicarse al estudio de la lógica y la dialéctica.

Y no es que su espíritu fuera calmado y pasivo, todo lo contrario, pues era apasionado y combativo, mas prefirió volcar toda su energía en la filosofía antes que en la milicia; le atraían más las palabras que la guerra.

Leía con avidez cuantos libros caían en sus manos, que no eran muchos, pero tuvo acceso a un par de obras de Cicerón y de san Agustín, que su padre adquirió en uno de sus frecuentes desplazamientos a Nantes para participar en las cortes del duque de Bretaña, y en la lectura de esas obras se despertó en él la vocación por la filosofía, y se obsesionó en conocer la esencia de las cosas para poder entender el mundo que lo rodeaba.

Fue entonces, siendo todavía un muchacho, cuando decidió añadir a su nombre de bautismo de Pedro el de Abelardo, derivado del vocablo *habelardus*, que significa «abeja», en homenaje al historiador griego Jenofonte, llamado precisamente la «Abeja ática» por la meliflua suavidad de su elocuencia, según cuenta Cicerón en una de sus obras, que el joven Pedro leyó con fruición.

El noble Berenguer, sabedor del entusiasmo y la valía intelectual de su hijo, y como era suficientemente rico para hacerlo, cuando se dio cuenta de que en su aldea natal el joven Pedro Abelardo no disponía ya de más posibilidades de progreso en su afán por alcanzar el conocimiento, lo envió a estudiar Artes, con dieciséis años, a la villa de Loches, a unas pocas millas al sur de la ciudad de Tours, donde se

había erigido una notable escuela regida por el prestigioso pero controvertido maestro Juan Roscelino de Compiègne.

Cuando Abelardo llegó a esa escuela, Roscelino había alcanzado una considerable celebridad, aumentada además por la notoriedad de una acusación por la que lo habían condenado debido a su desviada doctrina sobre el concepto de la Trinidad.

Durante dos años, Pedro Abelardo el Palatino, conocido así por el nombre latino de su aldea natal, *Palatium*, estudió con Roscelino, quien le enseñó los fundamentos del nominalismo y le descubrió el problema de los «universales», por el cual se interesaría Abelardo buena parte de su vida.

Las teorías nominalistas de Roscelino se basaban en la tesis de que en la realidad sólo existen los individuos. Hasta aquí no había otro problema que el del debate teórico, pero cuando esa teoría se aplicaba a la Santísima Trinidad, el gran credo de la Iglesia y su más complejo dogma de fe, resultaba como conclusión que las Tres Personas Divinas quedaban convertidas en tres individuos diferentes, es decir, en tres dioses, pues según el nominalismo no existe una única esencia, ni siquiera divina, en la que puedan subsistir tres personas diferenciadas.

Los planteamientos lógicos de Roscelino socavaban los cimientos doctrinales de la fe cristiana con respecto al dogma de la Trinidad. Anselmo de Bec, firme defensor del realismo, combatió al nominalismo, al que consideraba como antagónico a las creencias de la Iglesia, y defendió la realidad de los nombres abstractos, es decir, la realidad de los «universales». La teoría nominalista y la idea de la Trinidad de Roscelino de Compiègne fueron condenadas en sendos concilios celebrados en Tours y en Soissons, y se tachó a este movimiento de falso e incompatible con el dogma católico de la Trinidad, aquel que la Iglesia fijara en el concilio de Nicea, hace ocho siglos y medio, y en el que se asentó que la Trinidad está compuesta por tres personas distintas,

unidas inseparablemente en un único Dios; es decir, que Dios es a la vez uno y trino.

Durante aquellos dos años, Roscelino educó a Abelardo, quien conforme iba creciendo en conocimientos se separaba más y más de los postulados que defendía su maestro. Guardo copia de una carta que Roscelino envió al Palatino cuando éste, a la edad de dieciocho años y tras dos de permanencia en la escuela de Loches, se marchó de allí por discrepar abiertamente con los planteamientos del filósofo nominalista. Roscelino, en tono de amargura y de reproche del profesor que se siente despechado ante el rechazo del alumno díscolo, le recrimina a Abelardo que no haya salido en su ayuda y que lo haya dejado abandonado ante los ataques de tantos enemigos. El viejo maestro, atacado con dureza por el reputado teólogo Anselmo de Laón, tuvo al fin que desterrarse a Inglaterra, donde vivió algunos años. Tiempo después, cuando la polémica que había generado se calmó, regresó para pasar los últimos años de su vida recluido en la abadía de Tours. Dios se haya apiadado de él.

Abelardo tenía dieciocho años; ya era un brillante alumno, aunque difícilmente hubiera podido derrotar en un debate dialéctico a los maestros que condenaron a Roscelino. Pero es que, además, estaba convencido de que los argumentos de su profesor estaban equivocados, no podía admitirlos ni defenderlos y no los compartía. Por ello, lo acusó de tritista, es decir, de alterar la esencia unitaria de la Trinidad para convertirla en un panteón de tres dioses, y lo hizo ante los alumnos del propio Roscelino y durante la última de sus clases en la escuela de Loches.

Dolido por los reproches públicos del maestro, el discípulo disidente se levantó de su pupitre en el transcurso de aquella postrera clase y desmontó uno a uno todos los argumentos nominalistas sobre la Trinidad que había presentado Roscelino. En el discurso de Abelardo, tal vez la primera ocasión en que impartió una improvisada lección en público, destapó las contradicciones de Roscelino, al que,